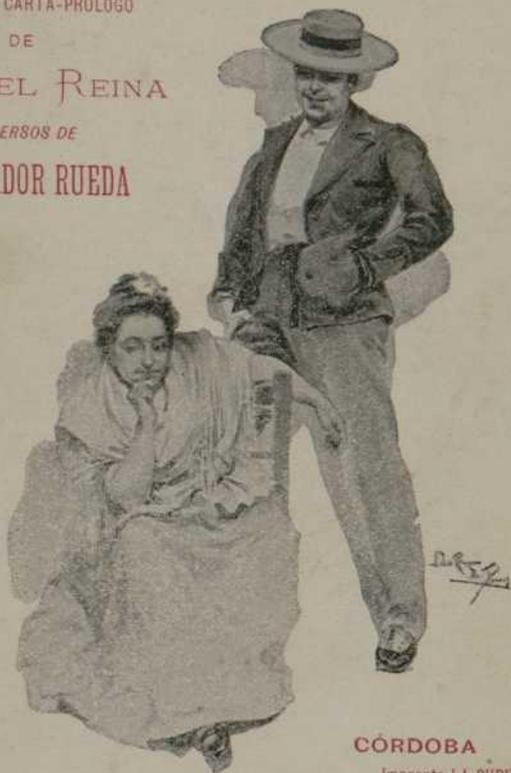


4-88-1858

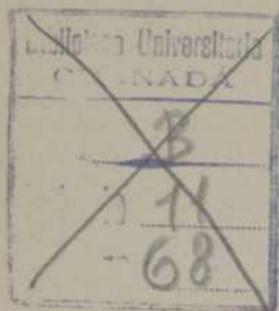
JULIO PELLICER

Pinceladas

CON UNA CARTA-PRÓLOGO
DE
MANUEL REINA
Y VERSOS DE
SALVADOR RUEDA

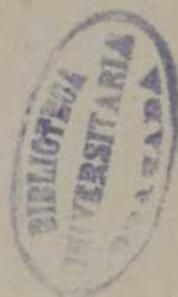


CÓRDOBA
Imprenta LA PURITANA
1897



BIBLIOTECA HOSPITAL REAL GRANADA	
Sala:	B
Estante:	6
Numero:	307

R-18.645



LIBRARY
OF THE
MUSEUM OF
COMPARATIVE ZOOLOGY
AND ANATOMY
HARVARD UNIVERSITY
CAMBRIDGE, MASS.

PINCELADAS

Para el elegante prosista Nicolás Ma^a
López, honra de las letras granadi-
nas, como testimonio de admira-
ción de su devoto
Julio Pellicer



JULIO PELLICER

PINCELADAS

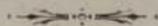
CON UNA CARTA-PRÓLOGO

DE

MANUEL REINA

Y VERSOS DE

SALVADOR RUEDA



CÓRDOBA

Imprenta LA PURITANA, Duque de Hornachuelos, 13

1897



2484

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

AL

Conde de Cárdenas

Amigo querido: Escribo su nombre ilustre al frente de mis trabajos, para darme el gustazo de hacer pública la gratitud inquebrantable que le tengo á V. por las cariñosas atenciones que siempre me ha dispensado.

Tal como yo he sabido trazarlas, le ofrezco estas inseguras PINCELADAS del rutilante cuadro que tiene por asunto deslumbradoras escenas de nuestra Córdoba bella. Aceptelas y se verán colmados entonces los deseos de su leal amigo

Q. L. B. L. M.

Julia Pellicer



Julio Pellicer

CARTA DE MANUEL REINA

Sr. D. Julio Pellicer:

Me honra usted mucho, querido amigo, pidiéndome unas líneas para insertarlas al frente de la última producción de su lozano ingenio y, gustosísimo, respondo á su indicación amable, expresando en esta carta, escrita al vuelo, la impresión que la lectura de su flamante obra me ha producido.

Artista de cuerpo entero, enamorado del color de nuestros campos y de las radiantes lumbres de nuestro sol, ha trazado usted con pincel espléndido el fulgurante cuadro de las costumbres cordobesas.

De las páginas de su libro, más brillantes que correctas, surge á los ojos del lector la adorada imágen de nuestra bella capital llena de alegres fiestas, de mujeres hermosas, de coruscantes matices, como de abejas, mariposas y flo-

res un rosal en primavera. Córdoba, la tierra del arte arábigo, de las verbenas, los toreros, los jardines y las serenatas; Córdoba, el pueblo de los ojos negros, de los cantares y el dorado vino; Córdoba, la sublime musa que tiene por lira de plata el melodioso Guadalquivir, resplandece gallarda y seductura en los esmaltados artículos de PINCELADAS, cuyas cláusulas vibrantes sueñan en mi oído con notas de guitarras, de panderos y castañuelas.

Auras frescas y bullidoras esparcen el regocijo de la vida andaluza por todas las hojas de su libro, donde la juventud del corazón sonríe, como la espuma del Montilla en irisado cristal.

Reciba usted mi enhorabuena y disponga á su talante de su afectísimo compañero

MANUEL REINA

¡¡SANGRÍA!!

¡¡SANGRÍA!!

Las franjas de azulejos del campanario próximo, así como las férreas veletas é imantadas varillas del mismo, simulan deslumbradores reverberos al ser bañados unas y otras por un sol *de justicia* que arranca vivos destellos á los aleros de los tejados y pelea con furia por atravesar el tupido toldo que forman las verdes hojas de una frondosa parra que cobija un patio muy andaluz, con arriates llenos de dompedros, miramelindos y olorosa albahaca, donde alegremente pasarán las horas los invitados á la *sangría*.

En el patio no se perciben las conversaciones de los vecinos de la casa, ni el monótono zumbir de los abejorros; reina un si-

lencio solo comparable al de las tumbas. Silencio que interrumpe, con su llegada á la fiesta, la gente bullanguera y jacarandosa que pone *en planta* á los durmientes.

Unos ahora, otros después, abandonan, ellas, sus mantoncillos, dejando ver talles flexibles y senos turgentes que manojos de nardos adornan; ellos, chaquetas y chalecos, que dejan al descubierto los bordados de las pecheras en que tanto esmero pusieron las manitas que en ellas trabajaron.

El supremo instante de dar comienzo á la *sangría* no se hace esperar; todos se poseionan del patio y entonces sale á plaza el ancho y vidriado lebrillo donde ha de ser aliñada.

Los más competentes en ello discuten la cantidad de agua que ha de echarse al vino, que desde bien tempranito se puso á enfriar; porfian mucho y no llegan á un acuerdo.— «¡Vamos, güeno está de *cualesquiera* manera!» —objetan algunos, y el ruido que producen el vino y el agua al caer en el lebrillo, corta la polémica.

Las astillas de canela y las rajas de limón flotan, á poco, sobre la amoratada superficie

dél refresco que cata á pequeños sorbos, saboreándolos mucho, el director de la faena, quien, si juzga que la cosa está en su punto, provisto de un cucharón enorme llena los vasos cuyo contenido es trasegado en un periquete.

Aunque se dice que *la sangría agacha pero no emborracha*, las continuadas libaciones trastornan las cabezas; cesa algún tanto el ir y venir del cucharón y la gente de la fiesta, alegrados los ánimos, se entrega á las delicias del baile, durante el cual las amarteladas parejas giran y giran una vez y otra, como en torno de los frutos de la parra giran y giran, hasta posarse, las rubinegras avispas.

Fatigados ellas y ellos por el baile, se agrupan en corrillos. En este bromean los jóvenes y escuchan las mozas muchos requiebros; en aquel hablan los padres de las dificultades de la vida y de *lo malo que se va poniendo todo*.

El *tocaor*, abrazado casi á su instrumento, rasguea unas malagueñas con gran satisfacción y contentamiento de un mozo que alisándose los tufos, cierra los ojos, alarga el cuello cuanto puede y se *arranca por lo jondo*

lanzando al viento esta elegía de la musa popular:

*Vivo solito en el mundo
Y de mi naide se acuerda;
Busco en los árboles sombra
Y los árboles se secan.*

—¡Olé por lo bien canta!...—grita con entusiasmo un vejete, de carácter jovial, que atento ha escuchado el cantar desde el ancho portalón que dá acceso al patio.

—¡Entre osté, tío Juan!...—replica el aludido ofreciendo un vaso de *sangría* á su piropoador...

—Así, ¡hasta verte, Jesús mío!—apunta uno del corro, en tanto que el tío Juan se limpia sus enjutos labios con el revés de la mano.

Todos bromean con el viejecillo y mientras se disputan su compañía, él la emprende con la olvidada *sangría* y apura el contenido del barreño.

Como el vinillo, aunque mezclado con agua, es perturbador, el tío Juan acaba por *tomarla* y cuando llega la hora del crepúscu-

lo y la reunión termina, él duerme profundamente, soñando acaso con los felices años de su mocedad, y contesta con ronquidos á los zarandeos de la gente moza.

DOMINGO DE PIÑATA

DOMINGO DE PIÑATA

Momo descansa; la gran bacanal carnavalesca le causó daños terribles. Diríase al verlo pálido, con los miembros enervados, con marcadisimas ojeras, que las alegres setenta y dos horas de no interrumpida disipación agostaron en él todas las energías, las carcajadas vibrantes y el desenfreno desmedido.

Ahora, huraño, permanece en inactividad.

Aguarda oír una voz que le diga como al justo Lázaro:—¡Levántate y anda!—Al escucharla, olvidando las tristezas del *Memento homo*, podrá levantarse, revolverse gustoso entre el torbellino delirante de sus prosélitos y aturdirlos con risas engañosas é inmenso



júbilo, para ocultar así su extremado cansancio, su ruinoso vejez y sus lamentos agónicos...

Los albores del Domingo de Piñata son para él la voz impacientemente esperada.

Loco, el decrepito diosezuelo, agita con mano nerviosa los dorados cascabeles que de su cetro penden. Quiere enloquecernos con el repiqueteo sonoro de ellos, y hasta el aire, agitando los alegres sonos que inundan la ciudad, creo que se presta á realizar tamaño empeño.

Al abrir los ojos, ruidos de cascabeles alborotan á las mozas, ruidos de cascabeles regocijan á los mozos, ruidos de cascabeles alegran á los muchachuelos y ruidos de cascabeles perturban las cabezas blancas de los viejos, quienes, al percibirlos, olvidan la realidad amarga del presente y las negras ideas que picotean de continuo sus cerebros con ansias de buitre.

Las lumbres del astro de oro no tardan mucho en iluminar el extraño contraste de colores de la chillona mascarada que se desparrama por las calles, llena los cafés, invade

los paseos, asalta con ligereza los coches y en todas partes formula la misma pregunta.

—¿Me conoces?—gritan varias viciosas empedernidas, carne del lupanar, zarandeando á un jóven enclenque, adorador de la crápula.—¿Me conoces?—preguntan hombres disfrazados de mujeres.—¿Me conoces?—preguntan mujeres disfrazadas de hombres.—¿Me conoces?—pregunta una turbamulta de rapaces cubiertos con harapos. De los abigarrados remolinos de grotescas máscaras siempre, siempre, surge igual pregunta, que son impotentes para ahogarla los ruidos ensordecedores de la calle, las músicas de las comparsas y las voces de los borrachos.

Cuando reemplazan á los rayos esplendurosos del sol las violáceas tintas del crepúsculo, la general locura tiene una tregua, corta en verdad; y luego, las luces amarillentas del gas y las rutilantes lamparillas eléctricas alumbran sedas, piedras preciosas, plumas, rostros de mejillas de leche y rosas, caretas, desnudeces, *fracs* ridículos de los calaveras que, sedientos de placer, se divierten hasta el último minuto del reinado efímero de Momo girando abrazados, ébrios

por el contacto de la carne, al compás de los vales de Strauss ó de una desenfadada habanera.

Aun duran las bromas, las risas, las músicas, los bailes; la espuma del preciado Champagne se desborda de las copas y el *Montilla* dora los vasos que lo contienen, cuando las campanas de los templos llaman á la primera misa del primer lunes de cuaresma.

Desesperado Momo deja de agitar sus cascabeles apenas comienzan los tañidos de las campanas; ve en los rostros la palidez de los cadáveres, los cuerpos extenuados por el cansancio, y gozoso de su obra huye á esconderse, no sé adonde, para que reine la dama de enlutadas tocas.

Dama austera que impone centuplicadas penitencias y hace que nos abismemos en religiosas meditaciones que purifican el alma.

LOS VENTORRILLOS

AL AMIGO

José María Molina

LOS VENTORRILLOS

—¡A real!..... ¡A real!..... ¡Al *Brillante!*.....
¿Quién se viene?..... ¡A éste, señorito, que
ya nos vamos!—vocean no pocos aurigas
ofreciéndonos, con la insistencia tan peculiar
en ellos, asiento en sus vehículos.

Unos ahora, otros después, marchan, levantando nubes de polvo, caballos, destartalados *simoncillos*, charoladas berlinas con blasones en las portezuelas, ligeras *victorias* que soberbios alazanes arrastran, *ómnibus* y *riperts* atestados de gente dicharachera.

Repiquetean las campanillas y cascabeles que las mulas llevan, crujen las trallas, y los mayores, para alentarlos, apalean incesantemente á sus enflaquecidos trotones.

Ante la huerta ésta, en la de más allá, y en todas, en animados corrillos, contemplan la pintoresca cabalgata, que ante ellas desfila, hermosas mujeres, las cuales escuchan sonrientes los continuados *piropos* que su presencia «arranca» á los excursionistas...

Está animadísima la carretera que á los ventorrillos conduce; y... ¡qué cuadro ofrecen éstos! Toda la gente que los coches vomitan y la que á pié acude, cercan las toscas mesas y saborean el *Montilla*, sabroso néctar que los cordobeses no cambiamos por ningún otro vino ni licor de esos que el comercio nos ofrece en labradas botellas, con muchos adornos y acicaladas etiquetas.

En los ventorrillos, lo mismo la dama aristócrata que se hace llevar el vino al coche, que la hija del pueblo, que los pollos de alta alcurnia, que los de más baja estofa, alternan todos, y si los de aquí arman zaragata, los de allá no les van en zaga; bromean de lo lindo con unos *barbianes* que apuran ricas *cañas*, jinetes en briosos brutos enjaezados á la usanza de la tierra.

Los barquilleros y los vendedores de *lan-gustinos* y *jamón de la isla* caracolean de mesa en mesa ofreciendo su mercancía.

Si las escenas de los patios son divertidas, las de las habitaciones ¡no digamos! En ellas, mientras los vasos de vino circulan de mano en mano, un *tocaor* puntea las cuerdas de una guitarra; callan todos; se *canta* un terne por lo *jondo* y... el delirio.—¡Olé los *cantaores!* ¡Vivan las manitas que con tantas sercunstan-sias saben jaser primores—gritan los oyentes, cuyo entusiasmo raya en locura cuando cierta morenota de esas que en sus negras pupilas han recogido todo el fuego del sol andaluz, calándose un sombrero de ala ancha, salta sobre la mesa y comienza á bailar cimbreándose *como yo me sé*, y haciendo unos desgoznes que solamente podría describirlos con acierto la pluma de Rueda, que «tiene matices hasta para el átomo» como ha dicho un novelista maestrizo.

Allá, cuando el sol desaparece, comienza el desfile, y si animada fué la ida, animadísimo es el regreso.

Los coches repletos, comienzan á rodar.

¡¡Riá!... ¡¡Riá!... ¡¡¡Generalaaa!!!...—chillan los mayores pretendiendo alcanzar al colega que delante de ellos va...

Estas carreras seméjanse al vertiginoso rodar de los carros en el circo romano...

LA SIESTA

Al notable jurisconsulto

Pepe Contreras

LUZ

Los rutilantes rayos del soberbio astro rey, hiriendo las blanquísimas paredes de aquellas casas, deslumbran.

No se oye ningún rumor. Todo es silencio; diríase que el barrio está deshabitado.

Entornadas están las puertas de las viviendas y cerrados los desiguales ventanuchos, en los que no faltan macetas, ni jarras con claveles, cuyas ramas, al moverse lentamente, impulsadas por un airecillo calentón, parecen buscar auras frescas que vivifiquen sus raíces próximas a *asfixiarse* en el estrecho recinto de la jarra.

El sol, que en la calle abrasa, baña las paredes, cubiertas de jazmines y celindas, de un patio limpio y alegre.

Viejas cortinas dan sombra á una galería con arcos, que columnas de carcomida madera sustentan.

En la galería, ante las puertas de sus *salas*, honradas vecinas trabajan afanosamente.

Una anciana de venerable aspecto, caladas las antiparras, sin dar paz á la calceta en que se ocupa, aconseja á una morenita de mucha *sal*, muchas *sercunstancias* y mucho *aquel*, respecto á los amoríos que tiene con el mozuelo de más *sandunga* que por el barrio se pasea. La escultural muchacha, al aire los bien torneados brazos, escucha con complacencia la interminable charla de la anciana, mientras, con sumo brío, restriega, vuelve á restregar y golpea después repetidas veces, haciendo salpicar el agua jabonosa, la ropa de la familia, ropa que, cuando concluya la *colada*, la muchacha la tenderá blanca como el armiño, en los viejos y anudados cordeles que cruzan el patio.

Otras mujeres, ajenas á esta escena, planchan los *trapitos* de *sus hombres*; en otro grupo, jóvenes y viejos comentan los últimos sucesos de la vecindad, comentarios de los que resultan no pocas honras hechas jirones;

en el rincón que un empinado escalerucho forma, cierta famosa *celestina* cuchichea de lo lindo, poniendo en juego todas sus malas artes, para embaucar á la jóven más hermosa que concebirse puede.

Recostado con indolencia en desvencijada silla, *puntea* malagueñas y más malagueñas un mocetón robusto; de cuando en cuando, prodiga sangrientas frases á la *infierna barrios*, quien paga su ira con los alborotadores chucucelos, que muy gozozos juguetean con un enorme perrazo poniendo á cada paso en gran compromiso las desnudas y renegridas carnes....

SOMBRA

Toldos de colores diversos cubren anchurosa calle librándola de los potentes rayos del ardoroso sol; éstos, escapándose por los claros que las lonas dejan, doran á trechos las paredes con *chorreones* de luz que se refleja y agiganta en las vidrieras.

En un aristocrático patio, interesante joven perezosamente recostada en cómoda mecedora, casi caído de la falda el bordado en que sus manos de nácar andaban muy atareadas, duerme soñando acaso con las promesas del gallardo mozo que, vencida la siesta, caballero en soberbio bruto ha de detenerse ante la ancha ventana, llena de pequeñas macetas y frescas flores, donde la

hermosa niña, trasunto de las hadas, enloquecerá con sus encantos al enamorado joven.

Los férreos encajes de la cancela,

*«...transparente cautela
que contra importunos vela
y que la vista no impide.»*

permiten ver la bella figura de la durmiente que se destaca sobre el verde oscuro de las paredes tapizadas de olorosos heliotropos y jazmines que trepando, trepando, han llegado á escalar los retorcidos hierros de los balcones del patio.

Columnas, conafiligranados capiteles árabes, sustentan los arcos de los corredores, en los cuales, el piano alterna con las adornadas castañuelas, con la guitarra de cuyo mástil penden cintas rojas y gualda, con soberbias pinturas encerradas en ricos marcos y con dorados espejos que en sus lunas tersas retratan las anchas hojas de los frondosos plátanos que cercan la fuente, cuyo saltador eleva chorros de cristalina agua que producen, al precipitarse jugueteando en la ancha

y marmórea taza, un rumor monótono que al sueño incita...

Nada turba el plácido sueño de la inocente virgen; sus padres, más comodones, rendidos igualmente á los halagos de Morfeo, reposan uno en lujosa hamaca y el otro en mullido lecho.

La maritornes que riega las plantas canta á voz en grito:

*«Ni á puñalaitas ni á tiros
me apartan de tu querer,
yo de ti no me retiro
aunque consienta el perder
los ojos con que te miro.»*

Como si esta nota de la musa popular fuera el toque que en campaña anuncia á los soldados la proximidad del enemigo, la niña sacude la modorra que enerva sus miembros y los padres tornan á *la vida*.

Acabadas las cotidianas y múltiples faenas del hogar y acicalados los dueños de él, se posesionan del patio; comienzan á llegar visitas y, más tarde, á los ecos del piano, suceden los alegres de las castañuelas y los quejumbrosos de la guitarra.....

¡Vuelta á las aulas!

¡VUELTA Á LAS AULAS!

(Monólogo de un estudiante)

ESCENA ÚNICA

Sala pobre de una casa de huéspedes.— Es de noche.— VICTOR sentado en un camastro desvenijado apura una colilla...

—...triste, sí señor, y muy triste!... ¡Ay!...
¿Cómo no he de estarlo? Acabáronse las alegres Navidades... Llegó la fecha odiada y con ella el regreso á las aulas... ¡Fecha maldita!... Maldita sí y más negra que para el reo debe ser la alborada del día en que han de ajusticiarlo. (*Con tono burlón.*) No, tan negra no; esta es la verdad. Pero detesto la tal fecha. Ella me priva de un sin número de venturas... (*Con tristeza.*) ¡Adios, goces del hogar!... ¡Adios, maternos halagos!...

(*Pausa.*)

¡Volver á estudiar!... ¡A emprenderla nuevamente con los cargantes y soporíferos libros de texto!... ¿Pero... será posible?... ¡Vamos que nó! De nuevo condenado á sufrir las tiranías de los profesores, (*Con desesperación creciente*) sus intransigencias, sus réplicas, las monótonas horas de clase, la puntual asistencia á ella, los severos castigos, los camastros é infernales comistrajos, la casi reclusión... y esto ahora, cuando tanto gozaba, cuando casi había olvidado las anteriores amarguras... ¡Si es preciso tener más paciencia!...

(*Pausa larga.*)

Sí, debo estudiar y estudiar mucho; mi padre me lo aconseja y tiene razón... (*Dudoso.*) ¿Pero he de comenzar tan pronto la cotidiana tarea?... Quedan cinco meses de curso y cinco meses tienen muchos días. Hay tiempo sobradísimo de aprender los programas; siendo aplicado luego, puedo ahora permitirme ciertas *calaveradas*. ¿Será esto razonable?... (*Con decisión.*) ¿Y por qué nó?... He pasado las vacaciones libre, servido con esmero, entregado á la holganza, sí, pero aburrido, hasta no poder más, en aquel pueblote

tristón... Es muy justo, justísimo, que, como compensación, disfrute ahora los goces que la capital me brinda... ¡Quién dijo miedo!... ¡A gozar!... ¡Gastaré alegremente las monedas que mi buena madre me entregara!... ¡Falta mucho para Junio! (*Muy alegre.*) ¿Quién se acuerda ahora de las amarguras del exámen, del bolso horrible de las bolas, del incesante preguntar de los graves profesores que constituyen el tribunal?... ¡Bah!... Para Junio, si no se saben bien, se aprenden *con alfileres* las lecciones del programa, se *iluminan* estos bien, se buscan las consabidas recomendaciones y... aprobado seguro... ¡Eh!... La cosa es muy fácil... ¡Fuera tontearías!... A divertirme y á divertirme en grande con los condiscípulos amigos... ¿No es mejor pasar el tiempo regocijadamente, siempre metido en juergas y belenes, persiguiendo modistillas y haciendo trapisondas sin fin?... ¿Las noches de estudio?... Quédense para Mayo. Sobra tiempo; ahora *juerga*, muchas *juergas*, alegres bailoteos, incesante guitarrear, muchas *papalinas* y... algunas que otras «vacas». Esto, esto es lo que me entusiasma. ¡Abajo la tiranía de las aulas!... ¡Viva

la libertad!... ¡Fuego á los libros!... ¡Reine el
placer!...

.
.

Pero... ¿y los suspensos?

(Telón rápido.)

FRANCISCO RAMOS

FRANCISCO RAMOS

Para sus compañeros, es un compañero leal; para sus amigos, un amigo excelente y cariñoso, de trato afable, comedido hasta la exageración en cuantos actos ejecuta.

Nació en Andalucía, en la bendita tierra donde la esbelta Giralda se *pavonea* mostrando orgullosa susafiligranados muros.

En él no observareis ninguno de esos rasgos que constituyen la nota típica y peculiar de los hijos del feraz suelo andaluz, á quienes se les tacha, no sin razón, de ser, salvo contadas excepciones, empedernidos decidores, bullangueros, partidarios de *juergas* y *belenes* y devotos de la holganza.

Ramitos—como familiarmente le llaman

sus colegas—es un trabajador incansable; pequeñuelo, se enamoró del arte en que tan justa nombradía alcanzáran los geniales Rosales y Fortuny, y, con excesiva complacencia, en la Academia sevillana y en el taller de D. Francico Becquer instruyóse en el manejo de los pinceles, á los cuales no ha dejado reposar desde entonces.

Es pasmosa la fecunda labor de Ramos. Cuando no le precisa salir á *tomar apuntes*, se pasa los días en el estudio, ante el caballete, arrancando á su paleta los tonos lozanos y brillantes que admiramos en sus cuadritos, muchos de ellos verdaderos caprichos de exquisito gusto.

Pinta paisajes y costumbres andaluzas, pero solo las costumbres que se avienen con su especial manera de ser.

Los tipos de la tierra, las verbenas, las barracas de la feria y los múltiples detalles y animadas escenas de ella, los patios tan celebrados, las corridas de toros, las huertas, las procesiones, los soberbios monumentos que nos legaron generaciones anteriores y las calles más pintorescas de la morisca Córdoba, son ricos veneros que Ramos explota con acierto.

Observador sagaz, ya pinte unas lavanderas hermosas como la esplendidez del sol que las alumbra; ya unos enamorados que en labrada reja, llena de macetas, se dicen amores; ya grotescas y haraposas mascaradas; ya bello grupo de garridas muchachas que, muy contentas regresan bromeando de la fuente; ya la rapazucla que en sendos jaulones lleva unos pavos al mercado, sabe encontrar en todo la nota característica.

Desposeído del orgullo que ciega á muchos artistas, no aprecia sus facultades que conceptúa insuficientes para poder luchar con gloria en las exposiciones.

Quizá este exceso de modestia le hace que se limite á pintar para el comercio; culpa—si como tal puede conceptuarse—dispensable á quien, como acontece á Francisco Ramos, solo con la pintura ha de proporcionarse medios de subsistencia.

Que no son escasos los que obtiene lo prueban los viajes que realiza, no muy de tarde en tarde, el artista en quien me ocupo.

París, Burgos, Madrid, Sevilla, Avila, Valladolid, Granada y otras poblaciones, las visita frecuentemente; visitas en las cuales llena

las hojas de sus *albums*, «mancha» no pocas tablitas y pinta crecido número de acuarelas que más tarde son la base de bien estudiados cuadros de caballete que, por fortuna, no tardan en *traducirse* en *vil* metal, al par que honran al autor, pues son vocingleros heraldos que pregonan la valía de mi amigo Ramos.

LA ARROPIERA

LA ARROPIERA

¡El verano!...

¡Cuánto sueñan las pobres arropieras con él!

En los meses de estío crece la venta y el tiempo no prodiga sus inclemencias; por eso aman el calor tanto como odian los días lluviosos, días tristonos, en los cuales los aguaceros repiquetean monótonamente en las vidrieras y rebotan en las piedras.

—El verano es una bendición de Dios— dicen—es la riqueza de los pobres.

Y en la siesta, cuando el calor es más asfixiante, resguardadas de los ardorosos rayos solares por las sombras que los edificios proyectan, pasan las horas custodiando sus

puestos y... viendo derretirse las dulces arropias.

¡Qué importa!

Todas estas penalidades las sufren contentas; luego, cuando comienza la agonía de la tarde, cuando las mozas riegan las puertas y arrancan las *cabezuelas* de los jazmines, las arropieras surten sus largos canastos con las golosinas que en las mesillas tienen, y, más que andando, arrastrándose penosamente, van por las calles gritando con toda la fuerza de sus pulmones:—¡A las güenas arropias!... ¡Arropiiiiiaas... y chochos!... ¡Arropias!...

—¡Tial!... ¡Arropiera!... ¡Vengasté!...— vocifera un chicuelo, con alborozo, al oír el pregón y agarrado á las faldas de su madre, lloriqueando y haciéndole caricias, casi á remolque, la lleva á la puerta de la calle donde la arropiera espera ya ocupada en ordenar la mercancía.

—Vámos, niño, toma lo que quieras— dice la complaciente madre y el chicuelo coge y coge figurillas con licor, caramelos, anises... ¡que se yo! quisiera asirlo todo, pero sabe que su madre no lo ha de consentir y con la vista la interroga lo que ha de hacer.

La vieja arropiera, atenta á las insimuan-
tes miradas, para alentar al pequeñín, exclama:

—Niño, esto está mu güeno.

El rapazuelo hace buena provisión de
aquello *güeno*, y últimamente la madre paga
á la vieja.

—¡Vaya, señorita, que siga osté bien y
que Dios le dé salú pa sacar alante al niño
—y se aleja gritando satisfecha:—¡Arropias y
chochos!... ¡Arropias!...

Esta escena se repite, como se repiten los
pregones y los interminables diálogos con
cuantas colegas encuentra.

Cuando llega la noche, las golosinas no
vendidas vuelven á ocupar, en las mesillas,
el puesto que antes tuvieron. Encendido el
indispensable farolillo, que dá una luz morteci-
cina, la vieja se arrellana en cómoda silla.

—¿Quiere osté que beba una poca de
agua?—pregunta un *golfo* de rostro rene-
grido.

—Vete, vete de aquí, so granuja—res-
ponde mal humorada la arropiera que vé
acercarse al puesto una arrogante moza y
unos niños angelicales, rubios como las
mieses.

Chupeteando sendas arropias *de clavo* se alejan, á la postre, la una y los otros...

Las arropieras acuden en mayor número á las verbenas y paseos; mientras las gèntes dan y dan vueltas en estos y se regocijan y alborozan en aquellas oyendo el repiquetear de los palillos, las notas quejumbrosas de las guitarras y los sonos de las músicas, las arropieras cuentan y recuentan el dinero ganado y satisfechas comienzan á concebir halagüeñas esperanzas para el porvenir, esperanzas que acaso, con ellas, encerrarán en la tumba los helados cierzos del terrible invierno.

II LA CANDELARIA!!

II LA CANDELARIA II

Para los cordobeses, el de la Candelaria es un día de general regocijo, de *juerga* mayúscula.

Desde época remota nuestros antepasados tenían la costumbre de *correrla en grande*, durante dicha festividad, en las pintorescas márgenes del arroyo de Pedroches, y al arroyo de Pedroches vamos ahora todos los adoradores de la tradicional romería.

Los obreros dejan las altas andamiadas, el laboreo de los campos, las máquinas que atollondran con el continuado girar de los volantes, las rudas faenas de las fábricas, y, gozosos, luciendo el *fondo del arca*, con sus hembras, que muy tempranito dieron fin á

los múltiples quehaceres del hogar, unos aquí, otros allá, se posesionan del agreste paraje.

Durante las horas de la tarde el bullir de la gente es inacabable.

En tal sitio, algunas familias condimentan sabrosas viandas en improvisados fogones, de los cuales suben al espacio blancas nubecillas de humo con las que el aire juega; en cual otro, arrellanados en el musgoso suelo, varios calaverones empedernidos no dan paz á la *bota* y á granel dicen chistes y agudezas de ingenio.

De las retorcidas ramas de un viejo olivo pende un columpio que ocupa cierta hermosa morena; sujetas las crugientes faldas con rico pañolillo de seda, alborozada, se deja mecer por su novio y con sonrisas incitadoras corresponde á las bromas y á los donosísimos piropos que le prodiga el rendido mozo entre vaiven y vaiven.

Amarteladas parejas bailan al son de uno de esos estruendosos pianos callejeros; en los ventorrillos se suceden las escenas saladisimas...

A las ensordecedoras voces con que mu-

chos se mofan de los *curdas* que en el arroyo caen, úinense los ecos de las alegres notas de las guitarras, del repiquetear de los palillos, de los *¡olé!* prodigados á las jovenzuelas que afigliranan los bailes flamencos y el de las quejumbrosas *malagueñas* que en un corro de bebedores entona un *cantaor* de afición.

Cuando el cielo se cubre de violáceas tintas y el sol oculta su disco de oro, comienza el desfile de la muchedumbre, el vociferar de los aurigas, los restallidos de las trallas, las carreras de los impetuosos brutos, los gritos de los caminantes y el rodar de los carruajes repletos de aristocráticas damas...

Momentos después, nadie queda en las cercanías del arroyo que, sigilosamente, se desliza orgulloso de haber retratado en sus aguas tanta hermosura.

EN EL RIO

EN EL RIO

SR. D. JOSÉ NAVARRO PRIETO:

Al hojear este tomo de «cosas mías» dirá usted:—Ya conocía yo algunas. ¡Claro que las conoce! Como que muchos articlejos de PINCELADAS los escribí, á todo correr de la pluma, en la redacción del periódico donde juntos trabajábamos. Tan pronto concebidos, como rápidamente escritos, están plagados de desatinos que no he corregido por mi pereza, tan asendereada por usted. Pecado es, el que dicho queda, merecedor de castigo; castígueseme pues. Soportaré con paciencia la pena impuesta si usted acepta, como testimonio de la amistad sincera que le tengo, las líneas siguientes.

El soberbio astro rey da á las nubes tonos rojos que las aguas tranquilas del plácido Guadalquivir copian.

Las esmeraldinas arboledas, el vetusto puente que corona el inclito custodio y los

molinos romanos, los copia también el hermoso río que aun susurra, soñoliento, los cantos de Saavedra y de Góngora.

Alegre bandada de chiquillos vaga por las orillas haciendo mil diabluras.

A las altas copas de los álamos llegan las piedras que los rapaces tiran y tras ellas cae buena lluvia de hojas secas que un vientecillo calentón arremolina en el suelo.

Sin importarles un ardite la algazara mayúscula que promueven con sus continuados gritos, en torno de un pacientísimo pescador, retozan los traviesos charranzuelos. Limpiándose con el revés de la mano el verde moco que de su achatada nariz pende, exclama uno de ellos:

—¿Vamos á ver quién de ostés jase mejor el salto de la rana?...

—¡¡Vamos!!—responden los camaradas, y un diluvio de piedras, ligeras, dan sobre el agua, en diversos sitios, hasta hundirse en ella cuando las ondas de la superficie, agrandándose, agrandándose, llegan á cortarse las unas á las otras.

Una piedra se remonta mucho en el espacio y se pierde luego bajo las aguas.

—¡Je! ¡je!... ¡Mía que está bien jecho!...
¿Habeis visto el ¡chus! que ma salio?...—pre-
gunta con júbilo el más renegrido de la cua-
drilla, terror de las pedreas.

—¡¡Mardita sea vuestra estampa, nenes!!...
¿Quereis dirse de mi vera, arrastraos?...—pe-
rora enojado el pescador, aburrido de sacar
una vez y otra la «garandalla» sin haber visto
aun á los argentados peces dar bruscas coladas
para librarse de la red...

Caballero en fogoso bruto, que con su pi-
sotear acompasado levanta nubecillas de pol-
vo, un cochero desciende por un camino que
al rio conduce cantando á media voz:

*A mi me llaman Peneque:
Señor Arcarde ¿qué haré?
¡Vaya ustè con Dios, Peneque,
Que yo lo remediaré!*

En la márgen. del rio el mozo echa pié á
tierra, enciende un cigarro y comienza á des-
pojarse, con ligereza, de la azulada ropilla que
cubre sus morenas carnes. Desnudo, apura
el cigarro menudeando las chupetadas y de
un salto se pone sobre los lomos del noble

animal; este, dando fuertes manotazos, se zambulle en el agua que, alborotada, desdibuja la imagen del puente, de los molinos y de las arboledas.

—¡¡¡Riii..... too... ma, *Gayardo!!! ¡¡Pajari-to!!...*—grita á varios jumentos un molinero de cara enharinada y de ropas blanquísimas, que le dan el aspecto del convidado de piedra del famoso drama, acercándose al *bañadero*, donde, tras mucho ir y venir, se meten los burros, los que con su torpe andar, con sus vueltas de acá para allá, se atropellan muchas veces y concluyen por enturbiar el liquido con el cieno que del fondo sube.

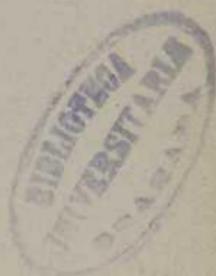
Un perrazo de Terranova, negro como las moras, nada en pos de no sé qué cosa que su dueño le arrojará.

Mientras esto ocurre, los muchachos gozan dando *tableta* á una rana que lograron apresar; el cochero, enjuto ya, se ha vuelto á vestir las ropas y torna á la ciudad cuando las sombras comienzan á invadirla y los aviones y los murciélagos revolotean en derredor de los campanarios.

La Misa de doce y media

Al ilustre cordobés

D. ANTONIO BARROSO



LA MISA DE DOCE Y MEDIA

El sol, rompiendo densa neblina, baña las estrechas y tortuosas calles de la morisca Córdoba; en los tejados aun brilla la escarcha...

No se siente el frío entumecedor de la madrugada, la mañana es apacible, cuanto puede serlo una de invierno en la hermosa Andalucía; por eso á la misa de doce y media acuden en número crecido los trasnochadores aristócratas y las jóvenes elegantes.

Unos y otras abandonaron despacio el bien mullido lecho, más despacio ataviáronse coquetonamente y muy apuestos salen á cumplir el precepto dominical.

El tañido de las campanas anuncia que el sagrado oficio va á comenzar. La ancha nave

del templo la ocupan las hembras, los pollos entran cambiando unos con otros palabras á media voz; con ceremoniosos movientos de cabeza saludan á sus conocidos y unos en este banco, otros en aquel, muchos cerca de la tosca pila del agua bendita, oyen la misa que allá en el altar mayor, de dorado y churriguesco retablo, dice un anciano sacerdote revestido con áureos ornamentos en cuyos bordados, lo mismo que en las bruñidas lámparas de plata, en la verja del presbiterio y en las azuladas ondas del incienso, juguetean los rayos de sol que por las pintadas vidrieras entran...

La misa acaba.

Los jovenzuelos se precipitan al atrio del templo, en donde forman animados corrillos. Con elegantes devocionarios entre las enguantadas manos, que compiten en color con las nacarinas cuentas del rosario que enroscado á la muñeca llevan, comienzan á salir las muchachas luciendo algunas negra mantilla, marco que encierra un derroche de preciosidad.

Se nota entonces agitación en el corro de polluelos; suspenden los animados paliques,

los jóvenes más presumidos corrigen con escrupulo los desórdenes de sus vestimentas y muy ufanos ocupan la primera fila de los que ansiosos aguardan el paso de las hermosas.

Estas, alegres, convencidas de su triunfo, como marciales soldados, desfilan ante aquella «plana mayor» de futuros maridos suggestionándolos con su radiante hermosura, con sus tentadoras sonrisas, con sus miradas incendiarias, con su andar gracioso y menudito.

Saludan á los amigos de la «plana» unas muchachas; otras miran al grupo con desenfado y sonríen á su novio, el cual se adelanta orgulloso, cumplimenta á la mamá, cambia con la niña al mismo tiempo que un largo apretón de manos una mirada penetrante, de esas que son un idilio entero, y juntos se alejan. En tanto, abandona el templo un grave señorón que de la mano lleva á un chiquitín hermosísimo, fiel trasunto de los ángeles de Murillo.

Aristocráticas damas conversan de lo lindo en el pórtico del recinto sagrado.

Trocados los ornamentos que vistiera por el amplio manteo, sale el sacerdote acompañado de un enlutado caballero, de semblante

bondadoso. Salen también matrimonios, hombres y últimamente varias viejas, venerables las unas, criticonas las otras, que se alejan poniendo de oro y azul á aquellos irreverentes *mocosos* que van á profanar la casa del Señor.

Los mozos, á la salida de las viejas, como bandada de palomas que al divisar al terrible halcón huye miedosa, á paso de ataque, se marchan.

Momentos después los acólitos cierran las pesadas puertas del templo y los enmohecidos goznes chirrían como «protestando» del violento empuje que los hace moverse.

Una nube de verano

A Antonio Vineda de las Huertas

Una nube de verano

Rafael, el mozo de más gracia del barrio, el que mejor rasguea una guitarra, el que con más estilo *se canta* por lo *jondo*, el que á las hembras enamora con su porte airoso, el más animado en fiestas y parrandas, vá á cumplir la promesa que á Rosarillo hiciera: ¡pasar la noche en un melonar!

El día siguiente es día de fiesta y fiesta de las que repican gordo. Ni ella tiene que tirar en el taller todo el día de la aguja, ni él ha de subirse al alto andamio para arrojar paletadas y más paletadas de mezcla sobre el muro; nunca mejor ocasión para realizar la oferta.

Engalanado con *el fondo del arca* se pre-

senta Rafael, más tempranito, en la vivienda de su novia.

Donde, sentado cerca de ella la dice amores y frases donosísimas, haciendo gemir con el peso de las espaldas una mesucha sobre la cual no faltan ni los azules floreros con rosas de papel, ni la urna con la imagen de la Virgen de los Dolores, ni el clásico velón de Lucena, cuya dorada llama se alarga y se alarga en el deseo quizá de dar á la estancia la claridad que dar pudieran focos eléctricos muy potentes.

En lo más interesante del arrullo de la enamorada pareja, cuando Rafael murmura no sé qué cosas que le dan al espléndido rostro de su amada los tonos de la flor del granado y hacen que sus ojazos negros miren con fijeza al pavimento, y sus manos rechazan las atrevidas de él, unas «Güenas noches tengan ostés», por muchos labios pronunciadas, ponen fin á la difícil situación de la hermosa muchacha y sonrojan al mozo que, pretendiendo disimular los atrevidos ademanes que la turba de convidados sorprendiera al entrar, soba una vez y otra los dorados botoncillos que á su cuello ciñen el de la camisa, llena de bordados y chorreras.

Como no esperan á nadie más, salen todos á la calle; ellas, después de dar el último toque á sus peinados y limpias faldas; ellos, después de estirarse los pantalones y encender sendos cigarrillos.

La guitarra y la panzona bota repleta del *Montilla*, las llevan consigo.

Alegre y dicharachero, Rafael bromea con su novia para que desarrugue el ceño. El ceño sigue, y contrariado el mozo, queriendo que los celos hagan lo que con sus mañas no logra, piropea á otra muchacha.

Atento cada cual á su hembra, marchan sin parar mientes en lo que ocurre; salen de las tortuosas calles del barrio y á poco se internan en el campo, que baña con sus rayos de plata clara luna.

Los ladridos de los perros denuncian el paso de la comitiva ante las huertas; corren las muchachas amedrentadas; los mozuelos remedan los ladridos y los mastines se avalanzan con furia sobre los toscos maderillos que cierran la entrada de una huerta, hasta que el amo les grita pausadamente:—¡Jue...ra... perriiito!...

Rosarillo, lívida la faz, atormentada por

diversas ideas que en su cerebro libran atroz batalla, camina perezosamente y deja alejarse á sus acompañantes.

Fijan estos su atención en los mimos y frases cariñosas que Rafael prodiga á la coquetuela muchacha que ahora le escucha, se aperciben de la ausencia de Rosarillo, la llaman á voces y esta se les une cuando comienzan á pisar el suelo del melonar.

—Vengan con Dios—dice el guarda desde su chozo, que alumbra un farolillo de mortecina luz.

—Traiga osté melones—ordena uno de los hombres. Las mujeres se arrellanan en el suelo y la bota sale á colación y corre de mano en mano remojando con su hermoso líquido las fauces de los bebedores.

El viejo guarda llega con los melones; crujen entonces los muelles de una navaja y el mozo más terne, en un santiamén, los parte y los *destripa* con esmero.

A poco, las cáscaras, arrojadas con fuerza, cruzan por el aire haciendo blanco en tal ó cual hombre.

Se celebra con alboroto la certera puntería; menudean las bromas; las risas aumen-

tan; alegrados los ánimos por el *Montilla* y hartos todos de comer melones, la guitarra sale á plaza y se improvisa un baile que, en punto á bullangá y regocijo, competir puede con los mejores del barrio.

Sola, apartada del corro que las madres forman, Rosarillo mira á su novio bailar con otra mujer; las lágrimas nublan sus ojos é iracunda retuerce, con rabia, el pañuelo que entre las manos tiene.

Cruzado de brazos, el guarda chupetea un cigarro y procura consolar á la muchacha que le responde á las cariñosas frases con monosílabos que el dolor casi ahoga.

En uno de los momentos en que las amar-teladas parejas descansan, el *tocaor* apunta unas falsetas; los ¡olés! de rúbrica, los interrumpe Rosario con esta copla que al aire lanza:

*No quiero que me quieras
ni yo quererte
sino que me aborrezcas
y aborrecerte.*

La copleja surte su efecto; Rafael la escucha anonadado y al ver marcadas en todos los

semblantes claras muestras del agrado con que es recibido el cantar, que aun zumba en sus oídos, ciego de coraje, abofetea á Rosario.

—¡¡Cobardel!— gritan con rabia los circunstantes. Entre los hombres se traba rápida lucha y apaciguados, momentos después, emprenden el regreso.

Silenciosos caminan; el presuntuoso mozo, avergonzado, marcha tras la comitiva, que entra en la ciudad cuando comienza á percibirse la confusa luz del alba y las campanas de los templos llaman á los fieles con sus acompasados tañidos.

EL ALGARIN

EL ALGARIN

Cuando pequeñuelo, detesta tanto las horas de reclusión en la escuela, y al *mal ángel* del maestro, como ama las regocijadas *rabonas*.

Causan estas su mayor placer.

A estar encerrado oyendo, quieto y silencioso, las *pamplinas* que contarle quiere el enjuto y severo dómine, no se aviene; gusta más del aire libre, y, sobre todo, de mero-dear, en compañía de otros colegas, por las huertas del ruedo, en donde comienza el aprendizaje de su *honrosa* y lucrativa profesión.

Empieza por coger almezas y terminará por llevarse al aperador de algún cortijo, si se descuida.

No conoce las letras del alfabeto, pero en cambio, bien pronto se adiestra en eso de *hacer la doctrina*.

Los *grillos verdes*—léase habas—sabe *escamotearlos* sin que lo sienta la tierra, ni lo vea *el tío* que desde el chocillo guarda inútilmente su propiedad.

Es pasmosa la destreza que adquiere para hacer cambiar de dueño las lechugas, las paseras, etc., etc.; como nadie, se encarama á los árboles y en un momento los despoja de los frutos más hermosos, burlando la vigilancia de los hortelanos.

Ensancha su esfera de acción á medida que su edad va siendo mayor y más grande su maestría en el *oficio*.

Entonces, llega á saber, mejor que el mismo dueño, cuál es el olivo que produce mejor aceituna, cuál es el mejor naranjo, el granado más superior y en qué era se encuentran los mejores garbanzos.

Y ya no hay miedo. Tórnase en *ave nocturna* y provisto del clásico capotillo—prenda indispensable de su indumentaria—no hay predio rústico que se libre de sus garras.

Resultan inútiles, por regla general, las

emboscadas que para cogerlo y castigarlo se le preparan. Hoy el grano, mañana las hortalizas, las frutas después, todo es para él inagotable venero de riqueza.

Logra, no sé cómo, entrarse en los cortijos sin que los ladrídos de los mastines le denuncien, ni menos hagan presa en su individuo; sin alborotarlos llega á los gallineros y cautelosamente se acerca hasta conseguir poner sus dedos encima de una de las patas del ave que se propone robar, el animal, al notar la presión, levanta la extremidad oprimida y la posa en un palo que lleva el *algarín*, repite este la faena anterior y el ave es suya.

De esta manera acrecienta no poco su peculio, hasta que cae en manos de un guarda que le denuncia ó de la guardia civil que le conduce á la cárcel.

Únicas quiebras, estas, de tan *socorrido* oficio.

ENRIQUE REDEL

ENRIQUE REDEL

Cuando conocí á Enrique Redel aprendía á pintar.

Como los inocentes rapazuelos se regocijan con un lindo juguete y llegan á amarlo con amor grande, así Redel, regocijado también, enamoróse ardientemente del noble arte que como ricas preseas, entre otras, tiene los imponentes frescos del portentoso Miguel Angel, los retratos del elegante Van Dyck, las vírgenes bellísimas del delicado Murillo, las valientes creaciones de Velázquez y las majas airosas del colorista Goya.

Callado siempre y siempre enfrascado en su trabajo, Enrique Redel pasaba las horas en el taller sin dar reposo á los pinceles que iban

y venían, con ligereza, de la paleta al lienzo y del lienzo á la paleta. Cuando en ella no atinaba á combinar una *tinta* igual al tono de las carnes ebúrneas de la modelo, dejaba enojado la labor para chupar un cigarrillo, cuyas azules humaredas, poco á poco, arrastraban el enojo entre sus revueltos girones. En estos ratos de ocio, el cordobés querido, ajeno á las incesantes bromas de los compañeros, complaciase en acariciar sueños de oro que allá lejos, en lo porvenir, creía verlos trocados en realidad.

Por capricho hizo un articulejo literario que fué impreso; tras él vi publicados otros y otros luego. A á la postre, el muchacho dió en abandonar los pinceles para asir la pluma.

Primero escribió prosa; después, compuso versos llenos de jeremiadas de trovador melenudo, y satisfecho de ellos, los creyó excelentes. Creyó también que en la deslumbradora Córdoba no los entenderían, que los amigos le desdeñaban, y juzgándose, como Byron, repudiado por su patria, con la maleta llena de versos y la mente de engañosas ilusiones, se fué á la corte. En ella escuchó como premio á las poesías, consejos

de los buenos, carcajadas horribles de literatos encumbrados por el desmedido favoritismo y sátiras furiosas de muchos *saltimbanquis* que pretenden trepar á inaccesibles alturas arrastrándose por los fangales de la adulación.

Entristecido, Redel quiso dar un mentís á sus burladores y luchó con denuedo, en lucha feroz, hasta que bien templado su ingenio con lecturas primorosas, dijo:

¡Venga la lira de oro!...
¡Ya hice pedazos la espada!...

Pulsando lira de oro, cantó las hermosuras de la rutilante región andaluza en versos—llenos de luces y colores—que si bien acallaron algo los aullidos de la *jauría* de rencorosos, no dejaron satisfecho á Redel. Convencido de la mentira social, por la abierta herida de su corazón comenzó á sangrar las hieles que había catado. Entonces, de las aguzadas puntas de la pluma hizo fustigadora tralla y con mano segura azotó valientemente á los tiranos, á los fariseos del arte, á los aristócratas viciosos.... Con gran contentamiento devolvióles golpe por golpe sin hacer

caso de sus envenenados saetazos, sin hundirse en las espinosas zarzas de la envidia, donde suelen desgarrarse almas excelentes.

Abandonada, como el arpa de que nos habla Becquer, dejó la lira de oro. De su briosa pluma brotaron á borbotones quejas grandes, anatemas, pesares y mal reprimidos odios, que fueron restañando las heridas del poeta.

Apenas cicatrizadas, orgulloso de la polvareda que sus nuevos versos causaban, vino á Córdoba á saturar sus pulmones con el ambiente sano de la amistad sincera, á ver los fulgores del angel de oro, á charlar de amorios en la reja orlada de flores, á cobijarse, en fin, bajo el cielo alegre de su caballeresca casa.

Y aquí sigue en Córdoba, hablándonos con ardor de la poesía y repitiendo en la mesa del café, en el paseo, en todas partes, esta cantinela:—Yo amo la originalidad... Odio á los retóricos hueros y á los rimadores insulsos que solo escriben versos rimbombantes... Para mí la forma es lo de menos... Lo esencial son los pensamientos, las imágenes nuevas y bellas... Detalles, muchos detalles de

observación y nada de cantar á los arroyuelos que murmuran, ni á las brisas, ni á las ondinas, ni á nada de lo que eternamente cantan esos vates de *circunstancias*...

Esto predica Redel á cuantos lo escuchan, é impertérrito en su manera de pensar, unas veces se subleva contra los que lo motejan y otras se burla de ellos. Leyendo todo lo que puede, sin atender consejos de nadie, escribe mucho, tanto, que el continuado trabajo le ha causado una dolencia grave que hoy le hace cuidarse más del mal del cuerpo que de las letras.

BOCETOS DE LA FERIA

SR. D. RAFAEL CONDE Y LUQUE:

A usted, uno de los cordobeses que más cariño tienen á la tierra natal, le dedico gustoso estos BOCETOS de la renombrada feria de nuestra plácida ciudad del dorado custodio. Aunque es usted merecedor de presente muchísimo más valioso, ampárcelos con su nombre ilustre tan admirado por mí.

INTROITO

Complacida de su indiferencia, orgullosa de sí misma, indolentemente reclinada á los piés de la sierra encantadora, Córdoba duerme todo el año soñando acaso con sus tiempos de gloria y esplendor...

Llega Mayo y con él la feria de *La Salud*. Córdoba sacude entonces su pesado letargo, y como niña coquetuela que se apresta á realizar su primera presentación en el gran mundo, comienza á engalanarse con esmero.

Después, risueña, satisfecha, muy ufana, se nos muestra la ciudad querida exuberante de hermosura, dándonos señaladas pruebas de una vitalidad robusta, enseñando sus muchas bellezas á los adoradores que á visi-

tarla vienen, andaluza hasta la médula de los huesos y cariñosa en grado sumo...

Mas..., ¡ay!, que los observadores, los que no se dejan alucinar por el brilloteo de falsos oropeles, debajo de tan seductora máscara ven, mal cubiertas, señales de indiferentismo y de dejadez marcadas indeleblemente en la faz de la arrogante sultana.

¡Córdoba!... ¡Querida Córdoba!... En los días de tu nombrada feria ¡como nos seduces con tus gracias múltiples! Te admiro, sí; y admiro el titánico esfuerzo que haces para mostrarnos de una vez tu poderío, embaucando aun á los que te conocemos...

¡¡Córdoball!... ¡¡Engañadora Córdoball!... ¡¡Ojalá que tu grandeza durara siempre!...

¡Á LOS TOROS!

Tanto como en los arenales de Africa, quema el sol. Sus ardorosos rayos, que parecen fuego derretido, acaloran la sangre á los apuestos mozos que se disponen á ver la corrida; bañan la ancha calle que á la plaza conduce, marcando en las paredes azulados batientes que contrastan con la deslumbradora blancura de ellas; abrillantan el verde de las hojas de los naranjos; relampaguean en los *cubos* de los coches, en los rádios de las ruedas, en los hebillajes plateados de las ricas guarniciones de los caballos, y fulguran en las cristaleras, á las cuales, campánulas y tupidos heliotropos forman hermoso marco, marco que realza la belleza de las interesan-

tes niñas que allá, á la caída de la tarde, se asoman á aquellos trasuntos del paraíso á torturar corazones con las miradas incendiarias de sus ojazos negros, que hacen soñar con un sin fin de voluptuosas pasiones.

Pulula la muchedumbre, mariposea en los cafés y se agolpa en el despacho de billetes. En animadas tertulias, aquí, ponderan las excelencias del ganado, las facultades de los lidiadores, la maestría de estos, el arrojo de los otros; allí, apuran vasos y más vasos del preciado *Montilla*, se ríe, se bromea, se discute acaloradamente, discusiones, bromas y risas que son suspendidas al oír los alegres sonos de las cornetas del piquete que desfila entre la multitud y la turba de chicuelos haraposos y de rostro renegrado, que caminan imitando el acompasado andar de los soldados.

Cruza un sin número de briosos caballos que arrastran carruajes en donde se exhiben hermosas mujeres con mantillas de encaje ó de madroños, acarameladas peinetas y manojos de claveles y rosas.

Repiquetean las campanillas de los cale-sines; cruje la tralla del auriga que á su *an-*

ciano trotón alienta; vocífera el mayoral que guía el destartalado *òmnibus* donde va la cuadrilla, de cuyos trajes arranca el sol vivos destellos; chocan con las piedras, produciendo menudas chispas, las herraduras del caduco *jamelgo* que sobre sus enflaquecidos lomos sustenta la pesada carga del picador y el *mono* montado en la grupa, y bulle la gente que á pié se encamina al circo taurino para admirar las estocadas soberbias y los adornos aristocráticos del Guerra.....

EN LAS BUÑOLERÍAS

Cesaron las músicas...

No se oye la algarabía ensordecedora que produce el incesante pregonar, ni el son ronco de los destemplados tambores; las voces de las trompetas de los organillos no rasgan el viento.

Apagada está la bóveda de fuego que cubre á los paseos; nadie discurre por ellos; en las largas filas de pintorreadas *casillas* no se percibe ninguna luz; las sombras reinan ahora en toda la feria. Solo en las buñolerías arden las típicas candilejas. Con las llamas de ellas, lo mismo que con las blancas columnas de humo que de las anchas sartenes se elevan, juguetea el viento.

Cerca del fuego de los anafes duermen va-

rios *golfos* haraposos y algunos pobrÍsimos feriantes, mal envueltos en mantas con caireles.

Muchas buñoleras, con los *usillos* entre las manos, vencidas por sueño tentador, duermen; de manera inconsciente, casi sin abrir los ojos, alguna que otra vez exclaman:

—¡Vaya una librita!... ¡Calentitos!... ¡Venga osté, cabayero!...—y luego, con pesadez, dejan caer la cabeza sobre el seno.

En el interior de la buñolería más acicalada, en aquella donde las viejas tablas están cubiertas con percales rameados y con los pabellones de vivÍsimO color alternan flores de papel y *Lidias* que retratan hazañas famosas de celebrados toreros, un mozo de rufianescos modales, apura á pequeños tragos una copa de aguardiente y asedia con piropos, intencionadas frases y torpes proposiciones, á una hembra hermosa que por Únicas galas lleva sencillo traje negro, un delantal blanco cual los copos de nieve y un pañuelo de talle que ciñe morbideces de vacante.

—Vamos, déjese de tonterías; voy á traerle otra copa y más guñuelos—dice la *barbiana* (siempre más atenta al negocio que á las palabras del mozo) y sale de la tienda.

Mientras frien los buñuelos, que uno ahora, otro después, flotan pujándose en la sartén, la muchacha, puesta en jarras, cuchichea con su novio que desde el anafe ha presenciado la escena; la llegada de una patrulla de alegres jóvenes interrumpe los cuchicheos.

—¡Entrar que los tengo mu calentitos!— exclama la buñolera al ver á los pollos, que ceden á la invitación de la arrogante moza sin ocuparse para nada de las que les dirigen, con idénticas frases, las vecinas vendedoras.

Entran y con alboroto cercan una de las más largas mesas.

A las risas, suceden las bromas; á las bromas, centuplicadas diabluras. Aumentan unas y otras al par que menudean las copas de amilico, el cual, da al traste con las mal seguras cabezas de los jóvenes, que después de ejecutar innúmeras estupideces abandonan la buñolería cuando la luz del alba comienza á percibirse y allá, en el *tablado*, principia el ir y venir de los animales y el piafar de los potros.

Los gitanos en el café

Abigarrado gentío bulle en el alegre café; múltiples lamparillas eléctricas lo inundan con «chaparrones» de luz vivísima que, rompiendo las humaredas que en la atmósfera flotan, centellea en las relucientes bandejas de metal que los presurosos camareros llevan atestadas de tazas, chispea en la tersa superficie de las copas, en las labradas botellas, y produce irisados reflejos en los mármoles de las mesas.

En derredor de muchas de ellas están los gitanos; pero la *flor y nata* de esta truhanesca grey que cambia de residencia, tanto como de tonos cambian las tornasoladas vestimentas de las aristocráticas damas que cru-

zan por las carreteras del paseo, en coches arrastrados vertiginosamente por hermosos brutos.

Durante el día, en las mismas mesas, los gitanos ponderaron las excelencias de los animalejos que en el mercado tienen; discutieron hasta la saciedad la venta de ellos y valiéndose de ardidés y engaños cobraron los *monises* cuando el trato tocó á su fin. Ahora vienen á convidar á sus hembras, quienes, sobre los hombros el costoso pañolón de Manila, con la blanca mantilla de encaje prendida con arte en el negro cabello, ataviadas con vestido de terciopelo y seda de charro color y aun más charros adornos, á menudos sorbos saborean el *moka* delicioso; mientras, ellos, en su jeringonza especial, se relatan los platos hechos, las trampas cometidas y discurren las malas artes de que se han de valer para deshacerse de los escualidos jumentos de cuya custodia han comisionado á los *churumbes*.

En la reunión no faltan gitanas viejas; los harapos que visten contrastan con las galas de las mozas...

Una de estas, dueña de unos ojazos parlan-

chines, cuchichea complacida con *su hombre* que de cuando en cuando sonríe pícarosamente, se alisa los tufos y se golpea el ancho pantalón de pana con la larga y nudosa vara. Después, con la punta de ella dá á una de las viejas que duerme tranquila. La mueca que la vieja hace al sentir rozar en su atezado rostro la vara, les causa á todos general regocijo y la broma se celebra con carcajadas estentóreas.

Las risas crecen más y más.

Se impacienta el camarero y cerca de los gitanos refiere á un parroquiano suyo varias hazañas de ciertos animales. Los gitanos se levantan con presteza de sus asientos al oírlos mentar, ellas se arreglan á escape los pañolones, cuyos flecos retiemblan á cada movimiento; mascullando soeces palabrotas, salen todos atropelladamente del café y se desparraman por la feria cuando el *trueno gordo* anuncia la conclusión de los fuegos de artificio y en el *castillo*, poco há quemado, queda un punto brillante que á poco comienza á parpadear.

LA TARDE EN LA FERIA

En la feria, las voces, los pregones, las músicas y el repiqueteo continuo de campanas, producen insoportable algarabía; á más, de una máquina de vapor, unos tras otros, se escapan agudos silbidos, los cuales parece que furiosos horadan el viento para abrirse paso. El estruendo es grande, ensordecedor. Entontecido por él, mariposea de aquí á allá un paleta gordinflón. Primero se detiene para escuchar atónito á un saca-muelas que relata las curaciones estupendas hechas con los elixires de invención suya; luego se aleja y en todas partes encuentran sus asombradizos ojos algo que escudriñar. Vagando, vagando, llega á una barraca donde un pobre diablo,

con el rostro brutalmente pintorreado, hace inconcebibles esfuerzos para mantener sobre la nariz un cucurucho de papel. El paleta mira con avidez las contorsiones que el equilibrista hace. Aprovechando el descuido, un raterillo pretende apoderarse del bolso que asoma entre la faja del paleta, que al apercibirse de ello, levanta la vara, el muchacho huye, y la vara cae pesadamente sobre una peripuesta señorita...

Varios pilluelos tienen los ojos fijos en el mismo sitio: en la punta de enhiesta cucuña, donde brilla una moneda enormemente codiciada por ellos.

Se disponen á alcanzarla.

—¿Nene, me quiés dejar? ¡Ea, suéltame ó te jarto de capones!...—exclama, mal humorado, cierto rapaz á quien uno de sus colegas tiene sujeto. Libre de las manos que le detenían, se encarama al largo madero y comienza la ascensión con bríos grandes. A cada nuevo avance acrecen las dificultades, pe-

ro el muchacho gatea y gatea apretando fuertemente las piernas contra el palo.

Después de restregar tierra en la superficie resbaladiza de este, en un supremo esfuerzo, que pone en movimiento todos los músculos de su cuerpo, se remonta mucho. Cuando tiene las manos cerca del premio, del corro de curiosos que cercan la cucaña surge alegre clamoreo.

—Arza, Rafaliyo, cógela ya—grita regocijado otro pillete, que por los girones de su amplio camisón muestra unas carnes tostadas por el sol. El «Rafaliyo» se resbala y ligero descende al suelo, á donde llega sudoroso y lleno de tierra y grasa.

El aspecto de los paseos es deslumbrante; al multicolor oleaje humano que en ellos hormigüea, únese ahora la muchedumbre que del circo taurino sale entusiasmada.

En una elegante casilla de la efimera ciudad de tablas y lonas, que alumbran los postreros rayos del esplendoroso sol dándole

tonos rojos, se oyen los ecos de la guitarra y el son de los palillos. Aristocráticas muchachas, que visten lucientes faldas de raso recamadas de madroñillos de seda, erguidas las cabezas, cimbran los cuerpos con gracia afiligranando los bailes flamencos. Aprisionados en lujosos chapines los diminutos pies de las bailadoras, ya se esconden, ya se asoman á la orla del vestido, cual si fueran juguetonas mariposas que en sus inciertos vuelos van y vienen de un lado á otro. A cada vuelta que en la danza da la airosa pareja, del cerco de mirones, á granel, estallan ¡olé!, palmadas y dichos peregrinos. El *Montilla* centellea en las cañas, la fiesta toma incremento, y para seguirla luego, suspéndenla cuando las estrellas comienzan á lucir en el cielo compitiendo en fulgor con los arcos de fuego que tienden luminoso manto á los paseos, festoneados de banderolas rojo y gualda, que el soplo del viento riza y desriza caprichosamente.

LA DESPENSERA

LA DESPENSERA

Ya sea porque los años no le consienten dedicarse á trabajos más penosos, tal vez por el afán de coadyuvar al mantenimiento de su *hombre* y de sus hijos, quizá por satisfacer el capricho, en ella innato, de enterarse, con minuciosidad, de los enredos y trapisondas de «los señores,» la despensera, robando tiempo al tiempo, *hace la plaza* á varias familias. Esta ocupación le proporciona algunas pesetillas, no pocos regalos y un surtido arsenal de noticias que, gustosa, relata á cuantos quieren oírlas.

La despensera, por razón del oficio, es madrugadora.

Tempranito abandona la cama y se va

al mercado, centro de sus operaciones, tan variadas como productivas.

¡Hay que verla ocupada en ellas!

En la carnicería pretende que se le despache antes que á nadie; por lograrlo entabla largas discusiones y no se marcha sin poner antes de oro y azul al vendedor, pretestando la maldad del género, lo excesivo del precio y las faltas en el peso. Los panaderos son sus amigos mejores, con ellos platica mucho cariñosamente y se precipita, si lo sabe, por anunciarles cuándo y á la hora en que el repeso ha de efectuarse.

A cambio de las rebajas que las verduleras le hacen, las *obsequia* con un detallado relato de habladurías, en el cual, el genio de la señora, los caprichos del señorito y la gran paciencia que para soportarlos se necesita, juegan un papel esencialísimo.

Acabada la compra, procede al recuento del dinero sobrante que, encerrado en mugriento bolsillo de tela, lleva oculto en el seno. Con el producto de sus especiales mañas y continuado regateo, compra unos *jeringos* que de vera complacísima en un periquete.

Entra luego en la taberna y para justificar su presencia en tal sitio, dejando la cesta en el suelo, exclama:

—¡Ay, Dios mío de mi *armal*!—Buenos días, fulano (el nombre del tabernero) dame una *chicuela del fuerte* á ver si se me arregla este *mardesio estógamo*.

Mientras apura la copa, llega otra compañera que se lamenta de los disgustos que le propina el *pillo de su mario* ó la pícara de la casera. Juntas beben sendas *chicuelas*; dale que le das á la sin hueso, pasan el tiempo *tijereando* de lo lindo hasta que se marchan á llevar la compra.

Me río yo de los mejores matemáticos; ni el más aventajado resuelve los problemas que tan sencillamente soluciona la despense-
ra para que, en las cuentas que á «sus señoras» dá, no se advierta la sisa.

JULIO ROMERO DE TORRES

JULIO ROMERO DE TORRES

Acabada la labor en la sociedad de Acuarelistas, Julio, dando chupetadas á un cigarrillo, á buen andar, se encamina invariablemente al elegante Fornos.

Allí, recostado con pereza en cómodo diván de rojo terciopelo, mientras apura á pequeños sorbos la taza de rico moka, del que es ferviente adorador, traza muchos de sus dibujos ó escucha á sus compañeros de tertulia, artistas y literatos, las opiniones que han formulado de la comedia de moda, del libro que poco há apareció en los escaparates y del cuadro expuesto últimamente. El, discute poco; las más de las veces deja á los amigos enfrascados en la viva discusión

y dominado por una honda melancolía, ajeno al mariposar de los elegantes, al continuo ir y venir de los camareros, portadores de tersas bandejas en cuyas superficies juegan los haces de luz de las lámparas eléctricas, se abisma en un mar de ideas.

¿Qué piensa entonces?...

Quizá en los trabajos que tiene que ejecutar; acaso en las bondades de la «patria chica» ó tal vez en lo engañoso del *foso dorado*, como mi ilustre amigo Rueda llama á Madrid, donde Julio sufre terribles amarguras y lucha con fortuna.

Sí, se bate con valentía, y si en un combate cae, después, en otro, se levanta embravecido luciendo en la diestra el laurel del vencedor. La gloriosa rama, que aprieta con furia entre las manos, no le alegra el alma; cuando más, hace que sus labios se contraigan para dar paso á una carcajada, carcajada horrible, reveladora de los acíbares que sangra el corazón del artista cordobés y del asco que le produce la verdad que ha descubierto bajo mentidos oropeles. El asco que siente es grande, porque la verdad es atroz: falsedades y maldad en los que de encum-

brarse tratan; envidia, rencor y bilis en los que no han podido lograrlo.

Su carácter independiente lo aleja de esos malhadados círculos donde la adulación todo lo alcanza; los imbéciles «gusarapos» terror del arte, y algunos viejos rencorosos, se fijaron en que afamadas publicaciones solicitan los dibujos del muchacho, que triunfa sin amparo oficial ninguno, pues aunque dos veces le han pensionado nunca ha podido gozar las ventajas de la pensión, y emprendieronla con él. Dominóle el descreimiento entonces y el escepticismo tuvo un prosélito más.

De Julio puede decirse lo que Burell afirma de Larra: que «tiene un viejo dentro;» positivamente Julio es un *viejo joven* que ha vivido mucho.

No figura entre el número de los elegidos de la fortuna; la mudable dama no le acaricia; tiene que resolver con los pinceles el problema árduo de la lucha por la existencia y no se arredra. Sin ambiciones de gloria trabaja por la conquista del porvenir, aunque á decir verdad, no trabaja todo lo que puede.

Ama la pereza, le gusta dormir y duerme mucho; pero cuando despierta al mundo del arte hay que aplaudir los cuadros que pinta, cuadros que son «cachitos de la tierra» pues Julio casi siempre elige para asunto de ellos nuestros tipos, nuestros patios tan alegres como llenos de flores, nuestras singulares verbenas y nuestras *juergas*.

Cuando el año noventa y cinco fué por vez primera á una exposición oficial, era cordobés también el asunto de su lienzo: un velatorio. El cuadro, que obtuvo una recompensa, no la que en puridad merecía, según un maestro, comprado por la Academia de Bellas Artes, figura hoy en el museo de pinturas contemporáneas.

Muchas cabezas de artistas de valía se descubren ya para saludar con respeto á Julio Romero que, trabajando con ardor, ocupará pronto señalado puesto entre las gentes de alta prosapia, en el mundo del arte.

¡A LA GUERRA!

¡A LA GUERRA!

(Apunte)

A la hermosa isla de Cuba van hombres y más hombres á batallar juntos con los que allí luchan y á compartir con ellos sufrimientos y triunfos.

Para eso nos dejan los bizarros cazadores de Cuba.

¡El Dios de las batallas los ampare!

¡¡Pobres muchachos!! A los sones de la valiente marcha de *Cádiz* salen del cuartel vestidos con trajes de rayadillo, con el Maüser al hombro y cargados de mochilas y cartucheras.

Caminan con acompasado andar, traduciendo en calurosos vivas su mucho entu-

siasmo, su deseo de afrontar pronto el peligro...

—¡¡Vivan los cazadores de Cuba!!—gritan miles de voces á la vez; como si de ellas fuera un eco, resuena en el aire, proferido por los valerosos guerrilleros, este otro grito:—¡¡Viva Córdoba!!

Durante el animado desfile, impera la bullanga. Los marciales muchachos prodigan apretones de manos á los amigos y con las hembras entablan interesante tiroteo de dichos graciosísimos. El más valeroso de los apuestos cazadores, al divisar entre el gentío inmenso á la mujer que en la reja le hizo sentidas promesas de amor y á la viejecita cariñosa que le amamantó, tiembla como luego no temblará en la manigua, palidece, y copiosas lágrimas queman sus mejillas.

En el fondo de un vagón del ferrocarril, tras forzadas sonrisas, pretenden ocultar algunos soldados sufrimientos terribles. En muchos corrillos de gente no se escuchan más que palabras guturales entrecortadas por el dolor; allá, en lejano lugar, se desarrollan escenas desgarradoras, en las cuales, callan los labios y acrece el lloro de las muje-

res que tanto y tanto lamentan la atroz separación.

Ahogando los pesares, la «borrachera» patriótica se enseñorea de todas las cabezas; suenan vítores, continuados aplausos, marchas belicosas de las músicas, golpazos de portezuelas que se cierran violentamente, lentas campanadas y penetrantes silbidos...

Entonces las gentes agitan sus pañuelos, se descubren para saludar á los bravos que se alejan acaso para siempre, la locomotora arroja negro penacho de humo que mancha el azul puro del diáfano cielo, comienza á mover las pesadas ruedas, y, por último, atronadores vivas se suceden agigantándose.

Agosto del 96.

EL PAÑOLÓN DE MANILA

A mi respetado amigo el distinguido político

D. José Sánchez Guerra

EL PAÑOLÓN DE MANILA

Es un lunes; uno de esos fatales lunes que en la casa de empeños venden, en subasta, las ropas que ya han «cumplido.»

Muchas gentes llenan el anchuroso patio donde, ante una mesilla cargada de ropas, anuncia las pujas cierto chicuelo en cuyo semblante está retratada la hartura que le causa el trabajo en que se ocupa.

—¡Diez y seis duros!..—grita el malhumorado rapaz; presintiendo lo que ha de prolongarse aun la tarea comienza á engullirse los pedazos, que arranca á pellizcos, del *minguito* que tiene oculto en uno de los bolsillos de su chaqueta. Mientras, de mano en mano, va pasando por las de casi todas las mujeres

que ocupan los bancos del patio, un hermoso mantón de Manila.

Este, con sus extraños edificios, con sus pájaros y con sus flores, es el recuerdo vivo de las bulliciosas *juergas*, de las regocijadas verbenas, de las corridas de toros, de los cantares del pueblo poeta, de las guitarras con *moñas* rojo y gualda, de las cañas lucientes donde rebosa el liquido dorado de los viñedos *de la tierra*, de las arrogantes *bailaoras*, de cuanto bueno y hermoso, en fin, tiene Andalucía entera. Por esto las mujeres de la subasta, olvidando penas, porque el mantón les habla de algo muy alegre, lo miran y vuelven á mirarlo; por esto, gozosas lo retienen entre sus manos no acostumbradas á tentar tanta riqueza; por esto, sobre sus pobrísimas vestimentas lo palpan con contentamiento y se dan el alegrón, por unos instantes, de imaginarse dueñas de la espléndida tela, venida de ardorosas regiones á buscar en la nuestra alegrías y colores que con las suyas compitan.

Hasta las mujeres más menesterosas, las que solo presencian la subasta por el deseo de saber *en cuanto quedan* sus ropas, tentu-

rean el mantón; tenturreos que enojan á una guapísima morena, que con pena mira cómo unos y otros se disputan su prenda querida, la tantas veces ansiada, ofreciendo lo que ella ni aun á costa de sacrificios grandes ha podido reunir: unos cuantos duros.

Vergüenza, indignación, rabia, dolor..., todo esto siente la muchacha; cada vez que una mano se posa sobre la flexible tela, padece lo que padecería si brutalmente le golpearan las carnes...

—¡Veinte duros, última vez, veinte duros!!—grita el chicuelo y entrega el soberbio mantón á la *Matona*, gitana corpulenta, de ojos pequeñuelos, muy vivos, de nariz acaballada y una bocaza por la que saldrán más reniegos y tacos que bondadosas palabras.

La *Matona* examina cuidadosamente el mantón y luego soba los flecos, que retiemblan cuando se lo devuelve al muchacho que lo extiende sobre la mesilla, donde, iluminado por la luz del sol que baña el patio, deslumbra con su hermosísimo color y bordados múltiples.

Siguen las pujas; la *Matona*, con énfasis, dice:—¡Veinticinco duros!...

Suena entonces una campanilla: el mantón está vendido.

La dueña de él, rabiosa, apretuja entre las manos un papel de color.

¡Pobre muchacha! Aquel campanillazo fatal, reverdece en su mente el recuerdo de las penosas horas de labor, del ansia con que una y otra vez tiraba de la aguja, de las privaciones que se impuso para comprar el pañuelo de Manila, la enfermedad pícara de su madre, las horas de cruel incertidumbre, los sacrificios terribles, las amarguras del empeño...

¿Y ahora otra mujer va á ser dueña de mi prenda?... ¡Imposible!... ¿Qué hace falta?... ¿Dinero?... Yo lo ganaré—exclama desesperadamente la hembra hermosa—y á poco, en un apartado rincón cuchichea con la *Matona*.

Tras muchas formales promesas convienen en que, para recuperar el mantón, ha de pagar la muchacha doble cantidad de la que ha abonado la gitana.

Satisfecha esta, habla á la muchacha de un señorito con *mucha luz*, de quien, con *coba* fina y mucho mimo, podría conseguir... una cosa que hace enrojecer á la morena

que, indignada, sale del Monte con un andar ligero y menudito.

La gitana, echándose cuidadosamente el mantón al brazo, la mira alejarse y con sonrisa mefistofélica que se transparenta en sus ojillos, murmura:—Ya caerás. Con esa cara tan bonita... ¡Valiente tonta!

LAS VERBENAS

Al Duque de Hornachuelos

LAS VERBENAS

Muchos días han transcurrido desde que las personas reales y las gentes linajudas asistían á las verbenas y se regocijaban en ellas bailando hasta rendirse ú oyendo las comedias de Lope, Quevedo y Hurtado de Mendoza.

No poco se han metamorfoseado desde entonces las costumbres; no es extraño, pues, que con la metamórfosis haya cambiado el carácter primitivo de estas fiestas estivales, y, á juzgar por las galanas descripciones que han hecho de las de pasadas épocas ingenios preclaros de las letras, no conserven vestigio alguno de lo que antes eran.

En nuestras verbenas, en las cordobesas,

ni las damas encopetadas concurren á ellas, ni se hacen derroches de magnificencia y esplendidez.

Varias tiendas, construidas con toscos palitroques y lonas sucias, donde se expenden muñecos y esas mil baratijas que encantan y cautivan á los pequeñuelos; puestecillos con turrone y confites; larga hilera de mesas con las clásicas arropías de miel y los sabrosos *chochos*; miseras neverías, en las cuales, por diez céntimos, se refresca; escuálidos arcos de follaje con farolillos de colores; grúpos de bombas lucientes; escudos; gallardetes que flamean impulsados por el viento y el indispensable *tio vivo*, todo esto, diseminado en la plazuela ó en la calle más ancha del barrio, á falta de aquella, constituye la invariable ornamentación de nuestras verbenas, cuya nota esencialísima y primordial son las mujeres: las mujeres del pueblo.

Excelentes mozas que no necesitan adornarse con las sedas, sombreros y costosos arrumacos de que tanto gustan las adoradoras de la despótica moda, porque con sus limpias y almidonadas faldas de percal, con sus sencillas blusas, que aprisionan troncos bien

modelados, con sus flores en la cabeza y en el pecho, flores que en frescura y belleza de color no pueden competir con el bello color y frescura de los labios de sus dueñas, con sus rostros hermosos y seductores, limpios de esos mil menjurges que la química moderna ofrece á las feas, y con sus ojazos dueños de todo el fuego del ardoroso sol de la tierra andaluza, trastornan y *sorben el seso* á cuantos mortales las miran.

Estas soberbias hembras, sueñan con las fiestas del barrio.

Antes faltará agua en el mar que ellas dejen de acicalar, para la verbena, sus humildes viviendas, que la noche ansiada de la fiesta simulan, por lo limpias, niveos copos, y, por lo iluminadas, ascuas de oro.

Las que tienen uno de esos típicos patios admiración de los *estragis*, en él reciben las visitas y en él pasan regocijadamente las horas; otras, las que tal no pueden hacer, forman en las aceras grandes corrillos, en los cuales, las quejumbrosas notas de la guitarra alternan con el run run de las gentes y el vocear de los vendedores.

Las muchachas van y vienen por la calle,

bromeando; almibarados mozuelos caminan tras ellas prodigándoles piropos y frases amorosas unas veces, picantes otras, que, en ocasiones, son ahogadas por los trompetazos del *tío vivo* y los alegres sonidos de la banda de música.

Como en las verbenas cordobesas de la fresca *sangría* y del confortante *Montilla* se trasiega crecida cantidad, no faltan jocosas escenas y divertidos lances; lances que algunas veces, pocas por fortuna, se truecan en sangrientos dramas que llevan luto y amargo llanto á una familia y un hombre á tétrico calabozo.

EL PICONERO

EL PICONERO

Pequeñuelo, idolatra la sierra; le gusta más pasar los días en ella entregado á las rudas faenas del oficio, que asistir á la escuela.

Los «garrapatos» de los carteles le causan un miedo cerval y en vano lucha por descifrarlos, como lucha con empeño titánico, apretando la pluma entre los dedos, por trazar un renglón de palotes tiesos é iguales.

Piconeros fueron sus abuelos, piconeros son sus padres y piconero será él también.

El aprendizaje es laborioso, pero no le arredra; con la agilidad del gamo trisca por los vericuetos más empinados, conoce palmo á palmo toda la sierra, de la que se juz-

ga dueño y señor, y *jocino* en ristre tala en un santiamen las retamas que más tarde ha de quemar.

Lo mismo cuando el frío agarrota los miembros que cuando el calor los enerva hace sus *piconás*, durante las cuales, ni dá paz á la *jorquilla*, ni menos á la lengua, pues tanto como el cuerpo mueve esta haciendo atinadas reflexiones á los compañeros para el mejor éxito de la faena.

Próxima á concluirse, el que la ha dirigido, mientras recupera las perdidas fuerzas con las pobres viandas que encuentra en unas escuálidas y negras alforjas—escuálidas por lo que contienen—observa con atención el trabajo de los demás y al ver ardiendo todavía un aseua, pausadamente dice á uno de los colegas:

—¡Compae, ayí hay un tiso!

—¡Si no tengo agua!.....—responde el aludido, con tono agrio.

—Pus jéchale manque sea un salivaso, mardita arma!...

La charla que origina este incidente la interrumpe el guarda que recrimina á los piconeros por los abusos cometidos en la

finca; poniéndose de oro y azul termina la polémica.

Al piconero se le imputan cuantos incendios en la sierra hay, y tamaña acusación es injusta; nadie tiene tanto interés como él en que aquellos no ocurran, pues si tal sucede, se perjudica, puesto que pierde la «primera materia» para su fabricación.

Al anochecer regresa de la cotidiana tarea, cargado, si no tiene un borriquillo, con los *escamochos* de picón; con ellos recorre las calles de la ciudad luciendo el calzón corto y las polainas de paño, prendas peculiares en él, que se dá por muy satisfecho cuando los parroquianos, después de pagarle bien la mercancía, le regalan para unas *medias* del de á diez y seis que en la taberna saborea gustoso olvidando las continuadas penalidades de la sierra.

Para Cipriano Martínez Rucker

Para Cipriano Martínez Rücker

Artista querido:

Pocos días hace que una mañana espléndida, tanto como nuestra seductora Córdoba, metíme en las revueltas calles del pintoresco barrio donde usted vive; presuroso, dejaba una calle encantadora para entrarme en otra de paredes blanquísimas donde rutilaban los templados rayos de un sol hermoso, nuncio de la estación de las alegrías y de las flores.

Saturaban mis pulmones auras portadoras del grato olor de los alelíos y jacintos que crecen en los patios inundándolos con aroma penetrante, cuando llegué á la risueña morada de usted, en la cual me aguardaba, juntamente con otros músicos notables y li-

teratos amigos, para que oyera las nuevas obras musicales que usted ha producido.

Usted no se hizo esperar. Sentóse ante el piano,—modernísimo Ronisch;—posó las manos sobre las teclas y comenzaron á surgir notas y más notas... ¡Vaya una manera delicada de ejecutar! Las manos de usted las veía ligeras, seguras siempre y siempre yendo y viniendo de esta á la otra *octava*, como de esta á la otra flor van y vienen las multicolores mariposas.

Se me imagina á que en la extremidad de cada uno de sus ágiles dedos se aloja una fibra de su gran corazón de artista, creo que ejecuta con él más que con las manos y pienso que trozos del mismo son la brillante sucesión de notas, enérgicas unas veces, melancólicas otras, que forman el conjunto elegantemente poético de cuantas obras compone usted.

De lo que digo, me convencí escuchando las cuatro composiciones que usted ha titulado **Bocetos líricos.**

Para hablar de ellos no he de meterme en tecnicismos, ni en distingos; no sabría hacerlo. Tampoco sé si la música puede des-

cribir ó solamente imitar, no entro ni salgo en esta cuestión; pero afirmo que ha interpretado usted con fidelidad pasmosa, «pintando» en las estrechas líneas del pentágrama, con color rico y lozano, lo que dicen los versos de Blanco Belmonte.

Por esto, cuantos á usted escuchábamos lo hacíamos con arrobamiento.

De mí sé decirle que me desgarró el alma la sentida romanza ÚLTIMA TROVA; que, en ¿DÓNDE ESTÁ? me conmovieron los amargos lamentos del padre infeliz que busca al hijo amado en el rojo campo de batalla; que, en la preciosa KÁSIDA, con el moro del aduar lloré la ausencia de la preciada favorita y que me entristecí con las penas del marinero de la BARCAROLA.

Sí, maestro excelente, en sus **Bocetos** hay tonos dramáticos en grado sumo. Son fáciles, delicados, tienen efectos magistrales, acusan conocimientos profundos y en ellos se muestra radiante la inspiración de usted.

Al escucharlos, soñé despierto; como también me hizo soñar su lindo CAPRICHÓ ÁRABE.

Mientras usted lo ejecutaba, me pareció

percibir el monótono canto del *muezín* y los voluptuosos del harem, donde las odaliscas, al aire las palpitantes carnes, danzan pausadamente envueltas casi por las olorosas humaredas que de los pebeteros salen...

Las vibrantes notas del bolero que á la postre tocó usted, me «tornaron á la vida.»

Tan gallarda página musical, alegre como el repiqueteo de los palillos y tan delicada como las tintas de la rosa, retrata la envidiada tierra de las fiestas seductoras, de las arrogantes hembras, de las rejas orladas de flores, del sol ardoroso, de los cantares, del vino dorado y del cielo diáfano.

Por todo ello le doy mi cariñosa enhorabuena.

Marzo del 97.

SEMANA SANTA

(INSTANTÁNEAS)

Al Conde de Torres-Cabrera,

político notable, amigo bondadoso y culto apreciador de obras literarias, le ofrezco estas INSTANTÁNEAS como testimonio de admiración y afecto.

DOMINGO DE RAMOS

Cuando las desnudas ramas de los árboles se visten con esmeraldino follaje y sobre el verde oscuro de las frondosas copas de los naranjos vemos destacarse las florecillas del simbólico azahar, cuyo aroma fortísimo trasciende; cuando las rosas se abren y las celindas muestran sus pétalos de un blanco puro; cuando los alelúes atavían las rejas y las parleras golondrinas entonan alegres cánticos de amor, la Iglesia celebra con pompa sus fiestas más esplendorosas, que tienen un prólogo sublime: la procesión de las palmas.

Entre las apiñadas filas del gentío que hormiguea en las aceras de las calles pintorescas que circundan el templo, con paso pe-

rezoso avanza la procesión. Primero, desfilan las cruces cubiertas con morados velos; luego los sacerdotes, con sendas palmas que se cimbrean incesantemente; tras ellos, cubiertos los hombros con rica capa pluvial de damasco y oro que el sol abrillanta, el venerable obispo, que en la diestra lleva acicalada palma llena de trenzados, de campánulas contrahechas y de motillas de colores.

Todos se detienen mientras golpean en la cerrada puerta del templo con los brazos de la cruz...

Los rapazuelos, aprovechan momentáneos descuidos para arrancar á tirones las hojas de las palmas y se alejan presurosos.

Las lenguas de bronce del enhiesto campanario voltean atronando el espacio con sus sonoras vibraciones, que semejan un himno triunfal; á éste, se unen raudales de armoniosas notas que de las doradas trompetas del órgano se escapan cuando la pausada procesión entra en el templo. De los muros de él penden paños costosos donde juegan los rayos del rutilante sol, que entran por las pintadas vidrieras y centellean en las labradas lámparas de plata y en las hojarascas de los retablos.

Acabados los Oficios Santos la gente se desparrama por las calles.

Después, arrogante mozo requiebra á una hembra hermosa, que se ocupa en sujetar á los hierros del balcón la palma bendita, símbolo, esta vez, del gozo de dos juveniles corazones.

LA NOCHE DEL JUEVES SANTO

En el espacio se extinguieron los sonos monótonos de la matraca...

Ahora, por las bóvedas de la catedral majestuosa se esparcen los resonantes ecos de los salmos del rey arpista; las últimas notas de ellos, vibrantes y enérgicas, zumban en los oídos de la muchedumbre silenciosa que vaga por las largas naves del recinto sagrado y se detiene luego á orar ante el deslumbrador monumento, cuyas miriadas de llameantes luces, que le dan amarillento fulgor, arrancan vivos reflejos de las bruñidas lámparas de plata, de los dorados ciriales, de las enormes arañas de cristal y de los áureos galones de los paños de terciopelo rojo.

Algunos sacerdotes, que llevan al cuello, como valioso toisón, la llavecita del Sagrario, con arrobamiento murmuran oraciones arrodillados sobre cojines de ricas telas; patrullas de mujeres ataviadas con negras mantillas y negras vestimentas, rezan también pasando entre los dedos, una y otra vez, las cuentas del rosario. Mientras, un chicuelo hermoso, de blonda cabellera, á mordiscos atiranta la goma del sombrero que entre las manos tiene y en ellas apara, á la postre, las gotas de cera de los cirios...

Unos ahora, otros después, todos abandonan pausadamente el severo monumento; se internan en la penumbra del laberinto inmenso de marmóreas columnas y desaparecen por estrechas y tortuosas calles, que cobija un cielo hermoso tachonado de lucientes estrellas.

El templo se queda desierto; chirrian los goznes de las puertas cuando las cierran, y, desde el alto campanario, lanza la lechuza su canto fatídico...

Es la media noche.

Ante una ventana por la cual salen resplandores de luces, se apiña parte del abigarrado gentío que bulle en las pintorescas calles de populoso barrio, bañado ahora por los rayos argentados de clarísima luna.

En el nutrido grupo de espectadores, una morena de mucho *trapío* entona esta saeta:

*Que hermoso está el merumento
Con las velas encendias,
Mujeres que estais en diento
Dispertar si estais dormias
Y adorar al Sacramento.*

—¡Olé por lo bien canta!... ¡Eso es canela, niña!—dice alguien muy complacido; momentos después, se alejan todos.

Entonces, por la abierta ventana se ve un altar adornado con flores olorosas, donde centuplicadas velas y lamparillas de mortecina luz alumbran las imágenes de Cristo expirante y de su Madre excelsa.

En la sala del altar, los dueños de la casa y muchos de sus amigos, arrellanados en toscas sillas, pasan las horas cantando saetas.

En el rincón más solitario, ajeno á las incessantes coplas, platica gozoso con su novia, un *barbián* de los de pelo en pecho; cuando, por cosas que ignoro, las aterciopeladas mejillas de ella toman el tinte de la púrpura, el mozo clava la vista en las estampas que hay sobre las telas encarnadas que cubren las paredes, se alisa con esmero los tufos y presta luego atención á los cantares...

Palidecen las estrellas y el alba muestra sus primeros arboles que acentúan más y más las líneas de los edificios, llenos antes de recortados batientes. Unos trasnochadores empedernidos, mal seguras las cabezas, caminan con paso torpe; hacen alto en la penosa marcha y rompen el profundo silencio de la calle con una saeta que, como todas, pinta con tristes colores los detalles del terrible drama del Gólgota.

EL ENTIERRO DE CRISTO

Las gentes van y vienen por la calle más anchurosa de todas las que ha de recorrer la procesión.

Las damas improvisan alegres tertulias en los balcones; desde uno, lleno de tiestos y lozanas plantas que sobre los hierros han tendido verde colgadura por la cual asoman sus pétalos fragantes florecillas, alborotadas señoritas, trasunto ahora de las majas que pintara la pluma de oro del egregio sainetero Ramón de la Cruz, saludan sonrientes, con movimientos de cabeza muy ceremoniosos, á varios atildados caballeretes.

Buen número de mozas de cabellos tan negros como sus vestimentas y sus ojazos

parlanchines, arrebuajadas en mantoncillos de ondulantes flecos, cruzan la calle sorbiendo el seso á *los de casa* y haciendo prorrumpir en interjecciones interminables á unos estirados y seriotos *extrangis*, de quienes se mojan los *chavales de la tierra* con sátiras continuadas.

Allá, á lo lejos, en el fondo de la calle, se divisan dos filas de ténues lucecillas que lentamente se van aproximando. La muchedumbre rebulle en las aceras, donde se apiña el innúmero gentío que llega ávido de presenciar el Santo Entierro; acrecen las aperturas y se centuplican los pisotones; mientras, avanza despacio la fantástica procesión.

Impera el silencio.

Pasan los fieles con los llameantes cirios inclinados hacia el suelo que van regando con candentes gotas. Tras ellos, Cristo enclavado en recio madero, manando sangre por por una terrible lanzada que junto al corazón tiene; la pálida faz, la lleva cubierta casi por sedosas guedejas de pelo, que el aire mueve...

Al ver el Cristo, una mujer lanza al viento esta saeta:

*Miralo por allí viene
El mejor de los nacidos,
Atado de pies y manos
Con el rostro renegrido.*

Como si de ella fuera un eco, rompe el silencio esta otra:

*Ya vienen las tres Marías,
Con los cálices de plata,
Arrecogiendo la sangre
Que Jesucristo derrama*

cuyas últimas notas expiran, cuando el Cristo desaparece en el extremo de la calle mostrando las amoratadas espaldas.

Después, sobre una alfombra de fuego, pues esto simulan las luces que lleva, pasa la Virgen con el cuerpo del Redentor; más tarde, llega el Sepulcro rodeado de cantores que entonan graves lamentaciones, y, a la postre, radiante de luz, sobre trono dorado lleno de blancas azucenas y de flores de papel que brillotean mucho, avanza la Virgen de los Dolores. En su rostro divino, por donde ruedan copiosas lágrimas, están impresos horrosos sufrimientos. Sobre las andas, decora-

das fastuosamente, cae el amplio manto negro lleno de bordados de oro que relumbra al ser herido por el fulgor vivísimo de las rizadas velas que chisporrotean en los guardabrisas.

Al pasar la venerada imágen, las mujeres murmuran fervorosas oraciones... Un mozo terne, después de escupir varias veces y de limpiarse la boca con el revés de la mano, hace diversos contoneos, estira el pescuezo cuanto puede y canta con voz sonora

*La Virgen de los Dolores
Lleva el corazón partido,
De ver á su hijo amado
En el sepulcro metió.*

Cuando la distancia esfuma la hermosa imágen, desfilan las tropas... Entonces, la muchedumbre se esparce en direcciones varias y las frondosas acacias que festonean la calle, dejan caer sobre ella sus sombras, que los rayos de clarísima luna llenan de puntillos de luz.

Un soneto de Salvador Rueda

*

Á JULIO PELLICER

Tu libro me parece una paleta
en la que el sol de Córdoba rutila;
arabesco que ciega la pupila
bordado por tu pluma de poeta.

De gentil mirador una maceta
que aroma de sus cálices destila;
el trozo de un pañuelo de Manila,
ó el cerco de una airosa pandereta.

Me recuerda la dulce serenata,
el tropel de campestre cabalgata,
la reja guarnecida de claveles,

Y de un potro andaluz el atalaje
cuando enmaraña el complicado encaje
de borlas, cintas, flecos y caireles.

Salvador Rueda

ÍNDICE

	<u>PÁGINAS</u>
Dedicatoria.	7
Carta de Manuel Reina.	13
¡¡Sangría!!	17
Domingo de Piñata.	25
Los ventorrillos.	31
<i>La siesta:</i> Luz.	37
» » Sombra.	40
¡Vuelta á las aulas!.	45
Francisco Ramos.	51
La arropiera.	57
¡¡La Candelaria!!	63
En el río.	69
La misa de doce y media.	75
Una nube de verano.	81
El algarín.	89

Enrique Redel.	95
<i>Bocetos de la feria</i> : Introito.	103
» » » ¡A los toros!	105
» » » En las buñolerías.	108
» » » Los gitanos en el café	111
» » » La tarde en la feria.	114
La despensera.	121
Julio Romero de Torres.	127
¡A la guerra!.	133
El pañolón de Manila.	139
Las verbenas.	147
El piconero.	153
Para Cipriano Martínez Rücker.	159
<i>Semana Santa</i> : Domingo de Ramos.	165
» » La noche del Jueves Santo	168
» » El entierro de Cristo.	172
Un soneto de Salvador Rueda.	179



302
6100

IOPELLICOR - PINWOC
CELLADAS - QUATRO-PRES